

## Universidades manchegas

No es ahora la primera vez que se habla de la Universidad Manchega y leyendo el interesante, oportuno y útil trabajo de don Teodoro Cruz sobre la conveniencia de que se establezca en Alcázar de San Juan la que se proyecta, he recordado lo que tanto me sorprendió la primera vez que estuve en el vecino e histórico pueblo de Villaescusa de Haro, sobre el edificio que con este fin empezaron a construir y se conserva aunque dedicado a otros fines. Y no es solo eso ni principalmente, lo que sorprende en el referido pueblo conque, pues aparte de la iglesia monumental y los edificios ruinosos pero sólidos y de valor que le enaltecen, resulta que nacieron en la misma calle 12 muchachos que llegaron a ser obispos de mucha nombradía y uno de ellos, don Diego Ramírez de Villaescusa, fue el promotor de la Universidad, siendo catedrático de Salamanca, en la época que el Cardenal Cisneros decidió hacer la de Alcalá. Los otros once obispos nacidos en la misma calle se apellidaron también Ramírez. Además de los doce obispos cuyas obras maravillaron a los Papas de su época, nacieron allí otros varios varones ilustres, diplomáticos y Virreyes, por los que se denominó la pequeña Villa, Villaescusa la afortunada y con sobrada razón.

Pero hay que preguntarse, ¿qué hubo allí antes para que se criara ese plantel de hombres de provecho?. Ahí está la cuestión, porque en Alcázar hubo un don Jesús Romero que sacó una colección de hombres que sin sus orientaciones y ayuda no hubieran pasado de modestos menestrales, pero esa misma función de hacer hombres se elevó en Villaescusa a la máxima altura, siendo chocante también que lo mismo a Cisneros que a don Diego Ramírez, les diera por llevar las universidades a los pueblos de su nacimiento o de su demarcación. ¿No serían los dominicos, cuyo edificio causa admiración aún en su estado actual, los orientadores de aquella juventud?. Tampoco será casual que don Diego Ramírez fuera catedrático de Salamanca como Fray Luis de León, de Belmonte el uno y de Villaescusa el otro.

No hace falta la enseñanza multitudinaria ni suele ser conveniente y, en cuanto a los maestros, el que encuentra uno entre los muchos de las carreras más largas, se puede dar con un canto en los dientes, porque ese solo es el que basta y sobra para hacerle hombre.

Don Jesús Romero, fraile, exclaustrado y solitario, hizo aquella hermosa labor y no es aventurado suponer que algún dominico de los del grandioso convento, cuyas ruinas causan admiración todavía, llevara a cabo aquella gran obra pedagógica tan poco divulgada en toda la comarca, pues se le ve hasta sin querer como ungido por la providencia consagrado a su obra en la apartada y silenciosa aldeílla de Villaescusa la afortunada.

Existió pues, la posibilidad de tener aquí una Universidad en la época de la de Alcalá y con no menos campanillas.